

4

Diciembre
2006

la **T***endencia*
—revista de análisis político—

Director

Francisco Muñoz Jaramillo

Editor General

Ángel Enrique Arias

Consejo Editorial

Jaime Arciniegas, Augusto Barrera
Jaime Breilh, Marena Briones, Carlos Castro
Galo Chiriboga, Eduardo Delgado
Julio Echeverría, Miryam Garcés
Luis Gómez, Ramiro González
Virgilio Hernández, Guillermo Landázuri
Luis Maldonado Lince, René Maugé
Paco Moncayo, René Morales
Melania Mora, Marco Navas
Gonzalo Ortiz, Nina Pacari
Andrés Páez, Alexis Ponce
Rafael Quintero, Eduardo Valencia
Andrés Vallejo, Raúl Vallejo
Gaitán Villavicencio

Coordinadora editorial

Alejandra Adoum

Diseño y diagramación

María Dolores Villamar

Fotografías

Archivos Revista *Nueva*

Archivos diario *Hoy*

Juan Sebastián Roldán

Auspicio

ILDIS-FES

Avenida República 500, Edif. Pucará

Teléfono: (593) 2 250 96 08

Quito - Ecuador

Edición y distribución

Editorial TRAMASOCIAL

Reina Victoria N 21-141 y Robles

Edificio Proinco II, piso 6, Oficina 6B

Teléfono: (593) 2 255 29 36

Quito - Ecuador

tramasocial@andinanet.net

Los editores no comparten, necesariamente, las opiniones vertidas por los autores, ni estas comprometen a las instituciones a las que prestan sus servicios. Se autoriza a citar o reproducir el contenido de esta publicación, siempre y cuando se mencione la fuente y se remita un ejemplar a la revista.

laTendencia
—revista de análisis político—

© de esta edición: cada autor

ISSN: 13902571

Diciembre de 2006

Editorial	7
-----------	---

Análisis de coyuntura

La coyuntura electoral en un contexto de comparaciones históricas	11
--	-----------

Juan J. Paz y Miño Cepeda

¿Una nueva izquierda latinoamericana?	18
--	-----------

Joaquín Hernández Alvarado

Integración sudamericana: de la retórica a los hechos	22
--	-----------

Ángel Enrique Arias

Rafael Correa: ¿fruto de la coyuntura «antipolítica» o de la irrupción ciudadana?	28
--	-----------

Pabel Muñoz L.

Derechos sexuales y reproductivos: a la hora de las decisiones	34
---	-----------

Myriam Garcés

Conducta política de centro izquierda

Los socialistas de cara al próximo gobierno	39
--	-----------

Rafael Quintero López

¿Un pacto en la izquierda?	43
-----------------------------------	-----------

Juan Sebastián Roldán y María Paula Romo

Un nuevo actor para una nueva democracia	47
---	-----------

Juan Cuvi

La renovación de los partidos de centro izquierda	53
--	-----------

Andrés Páez Benalcázar

Asamblea Nacional Constituyente: un acuerdo social por la patria	58
---	-----------

Carlos Castro Riera

Las elecciones de 2006 y el laberinto de la reforma política	64
---	-----------

Julio Echeverría

índice

Propuestas programáticas

La visión de un país desde los deseos y los sueños 71

Javier Ponce Cevallos

La política social y la necesaria elaboración de una visión estratégica 78

Fundación Diagonal, Capítulo Ecuador

El salto posible: un programa económico que beneficie a la gente 83

Diego Borja Cornejo

Lineamientos para una política petrolera en Ecuador 89

Carlos Izurieta

El nuevo gobierno en las relaciones internacionales 93

Gustavo Vega

El sistema financiero y su papel en el desarrollo económico y social 98

Hugo Jácome

La necesidad de un modelo económico alternativo 104

Leonardo Vicuña Izquierdo

Cambiar desde la comunicación política: potencial ciudadano y desafíos para la tendencia 108

Marco Navas Alvear

AUTONOMÍA

La autonomía que necesita Ecuador 119

Gustavo Baroja

Un país con autonomías, no unas autonomías sin país 122

Augusto Barrera G.

¿Es posible un «Régimen especial» autonómico en el ordenamiento jurídico ecuatoriano? 128

Diego Pazmiño

índice

¿Una nueva izquierda latinoamericana?

Joaquín Hernández Alvarado*

«**E**l clima ideológico en América Latina ha cambiado», señalaba Ludolfo Paramio en un trabajo reciente. En realidad, desde fines de la década de los 1990 se ha vuelto un lugar común hablar del acceso al poder de una tendencia identificada como la «nueva izquierda» latinoamericana, consecuencia del triunfo electoral en la región de gobiernos con tendencias nacionalistas y populistas, apoyados por movimientos sociales con «un alto sentido de autonomía organizativa e innovadoras demandas políticas» (Ramírez Gallegos) que privilegian el pago de la deuda social en lugar de los de la pasada generación que centraban sus objetivos en el libre mercado, la disminución del papel del Estado, el pago de la deuda externa, la estabilidad macroeconómica y monetaria, las privatizaciones y la incorporación sin mayores restricciones a la economía mundial. Se acuñó entonces «la idea de un giro a la izquierda» en América Latina (Paramio). Esta izquierda, diferente de aquella de las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo pasado por su aceptación de las reglas de juego democráticas, estaría liderada por los presidentes de la mayoría de los países sudamericanos: Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil, Tabaré Vázquez en Uruguay, Néstor Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia, Michele Bachelet en Chile, Hugo Chávez en Venezuela y, últimamente, Rafael Correa en Ecuador.

Semejante clasificación lleva consigo, desde ya, una fragmentación regional, con consecuencias

geopolíticas en el mapa político latinoamericano: México, los países centroamericanos —con la discutible excepción de Daniel Ortega en Nicaragua—, los países caribeños y, en América del Sur, Colombia y Perú no formarían parte de esta nueva izquierda. La mayor concentración de regímenes de esta tendencia se ubicaría básicamente en Sudamérica, lo que justificaría la tesis de algunos «tanques de pensamiento» en Washington que afirman la existencia de una división cultural y política entre las dos Américas: un norte identificado con las políticas de desarrollo y de comercio codificadas por el *Consenso de Washington* y cercano a las políticas de Estados Unidos, y un sur renuente y problemático, alejado de la ortodoxia económica y política del modelo neoliberal, sujeto a inestabilidades políticas de todo tipo, nacionalista y populista, y alejado de Estados Unidos, con las excepciones antes señaladas de Colombia con Álvaro Uribe y, desde el segundo trimestre del 2006, de Perú con la victoria de Alan García.

Esta tesis dualista de las «dos Américas» se corresponde con otra división igualmente maniquea que en cambio postula, dentro de esa nueva izquierda, la existencia de dos líneas en América del Sur: una «moderna», «pragmática», «realista» según la clasificación del ex canciller mexicano Jorge Castañeda, cuyas figuras representativas serían Lula da Silva, Michele Bachelet y Tabaré Vázquez, y otra «populista», «nacionalizadora» y «poco modernizada» —según la misma clasificación— liderada por Hugo Chávez y en torno a la cual se alinearían Evo Morales y Néstor Kirchner. La posición de Ecuador tras la victoria de Rafael Correa está por el momento pendiente.

* Filósofo, profesor de la Universidad Católica de Guayaquil.

La debilidad teórica de estos análisis reside no solamente en el sesgo político que conllevan o en la generalización que suponen —sin atender a lo que de destructivo han tenido en el reciente pasado los regímenes neoliberales—, sino sobre todo en el modelo normativo de democracia liberal que terminan imponiendo. No se trata, desde luego, de afirmar ingenuamente que en la región existiría una especie de nueva internacional de izquierda que actuaría de común acuerdo, lucharía por intereses similares y apuntaría en último término al mismo proyecto. La actual insurgencia de líderes de izquierda, con sus diferencias y sus contradicciones, es más bien el resultado del fracaso del paradigma neoliberal que estuvo vigente desde los años 1980, lo que además explica en parte su diversidad. Como señala Ludolfo Paramio, la única coincidencia explícita de todos estos gobiernos es «el hincapié en la política social y en la búsqueda de un modelo económico que no solo produzca crecimiento, sino también resultados sociales». En lo que concierne a la postura frente a las instituciones financieras internacionales, el libre comercio, las instituciones democráticas, la distancia con la política de Washington, hay más diferencias que coincidencias.

En suma, nos encontramos no ante una nueva generación de presidentes de izquierda sino ante la presencia de una diversidad de liderazgos, con coincidencias innegables, es cierto, pero también con diferencias apreciables que surgen de la crisis del modelo neoliberal impuesto en la región en la década de los ochenta del siglo pasado y que entró en crisis a fines de los 1990. En otras palabras, reflejan «el cansancio de los latinoamericanos en relación con las políticas *market-oriented*» (Ramírez Gallegos). Ello explica, entre otras cosas, los desacuerdos entre Kirchner y Vázquez —que

van más allá de la disputa por las papeleras en Gualeguaychú—, la «discreta» competencia de liderazgos entre Caracas y São Paulo respecto de Argentina y Bolivia (¿sustitución de Petrobrás por Pavesa?), pero sobre todo las diferentes políticas de sus líderes. Mientras Lula llevó a cabo en su primera presidencia una ortodoxia financiera, Chávez ha hecho fuertes inversiones, criticadas duramente por muchos sectores no necesariamente de oposición, en el gasto social.

¿Se trata de una nueva izquierda populista? ¿Sería el populismo la clave de identidad de estos gobiernos sudamericanos? Si bien es cierto que el populismo significa, como señala Ernesto Laclau, «construir al pueblo como actor colectivo», es decir, «apelar a los “de abajo” en una oposición frontal con el régimen existente», ello no implica anticipar nada sobre los contenidos ideológicos del populismo. En otras palabras, puede haber populismos desde el fascismo hasta el socialismo. Populistas fueron en su momento Alberto Fujimori y Carlos Menem mientras llevaban adelante el modelo neoliberal. En el caso

de la nueva izquierda no aparecen todos los factores de identificación del populismo. Por lo menos no en el sentido económico. Como señala Paramio, «la estabilidad macroeconómica y monetaria parece haberse incorporado al sentido común y a la práctica de los gobiernos que más critican al neoliberalismo de los años 90». Más aún, la nueva izquierda intenta retomar un nuevo protagonismo del Estado «a través del relanzamiento de la inversión pública en sectores estratégicos de la economía»

(Ramírez Gallegos), del multilateralismo en las políticas internacionales —que supone aceptar la necesidad de la participación en la economía mundial eliminando, eso sí, la dependencia de

La actual insurgencia de líderes de izquierda, con sus diferencias y sus contradicciones, es el resultado del fracaso del paradigma neoliberal que estuvo vigente desde los años 1980.

un solo bloque de comercio—, del fomento de las alianzas entre sector público y privado, debilitando las privatizaciones.

En lo político...

La nueva izquierda se identifica en cambio con una de las características clave del populismo. Asume en todos los países la crisis del sistema de representación, consecuencia del desgaste político de los partidos tradicionales y la exclusión de vastos sectores ciudadanos del ejercicio del poder. La adaptación al modelo neoliberal fue, por decir lo menos, «traumática» (Paramio) y los partidos políticos tradicionales que la llevaron a cabo han sufrido las consecuencias que en un principio parecieron afectar solamente a los sectores de bajos y medios ingresos. En este proceso se debilitaron las instituciones democráticas, no solamente por la participación y responsabilidad de los partidos tradicionales sino porque sus líderes, piénsese de nuevo en Menem y Fujimori, impusieron el autoritarismo como única estrategia para llevar adelante reformas estructurales de enormes costos sociales. Esa herencia autoritaria es la que recogen, en parte, los líderes de la nueva izquierda con la excepción notoria de Chile.

Sin embargo, no es posible acusar de autoritarismo populista a los gobiernos de la nueva izquierda. El caso de Chávez —considerado como extremo por sus críticos— es ilustrativo: el mandatario venezolano ha pasado por más pruebas electorales que ningún otro gobernante latinoamericano.

No es posible, entonces, tildar de populista a la nueva izquierda. El populismo es «una

cuestión de grado» siempre presente en cualquier «lógica institucional que nunca podrá eliminar antagonismos y relaciones equivalenciales entre demandas heterogéneas» (Laclau). Tampoco se puede identificarla con los nacionalismos de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, cuando estaba consolidándose en la región el modelo de sustitución de importaciones.

Chávez y Morales están presentes en los escenarios internacionales y, sobre todo en el caso del primero, convienen en alianzas inéditas con países aparentemente extraños a la región, y las fomentan en forma de red. MERCOSUR, Telered, etc. son, si se quiere, una manera de tener poder, pero también de difundirse, de extenderse, de conectarse en el más puro sentido de la cultura de la información.

Pero tampoco es posible hablar de una nueva izquierda, unida y sin contradicciones, dis-

puesta a llevar a cabo un programa de cambios sociales y políticos y una de cuyas fortalezas sería precisamente la convergencia ideológica de sus líderes. Si esta nueva izquierda —pese a las críticas de utilizar todavía estas clasificaciones de la Guerra Fría— no puede ser identificada, sin más, con el populismo, tampoco puede considerársela libre de él, lo que supone la necesidad de un paso del autoritarismo y de la exclusiva confianza en la «democracia delegativa» a una democracia de partidos donde los ciudadanos, debidamente representados, se hagan presentes. El problema estratégico de esta nueva izquierda es, entonces, el tiempo. Sus líderes pueden desgastarse solucionando o tratando de solucionar las facturas que ha pasado el neoliberalismo a sus sociedades. Tienen

No es posible acusar de autoritarismo populista a los gobiernos de la nueva izquierda. El caso de Chávez —considerado como extremo por sus críticos— es ilustrativo: el mandatario venezolano ha pasado por más pruebas electorales que ningún otro gobernante latinoamericano.

que apelar a una comunicación directa ellos y sus masas. Pero saben que en los periodos que dura el ejercicio democrático, no es posible asumir todas estas tareas. El peligro de querer perpetuarse a fin de —paradójicamente— garantizar la democracia

fuera de las «oligarquías» que han detentado el poder, está a la vuelta de la esquina. Y, sobre todo, su conflictivo futuro: dejar paso a otras formas de organización que los considerarán, en el mejor de los casos, como sus antecesores.

